

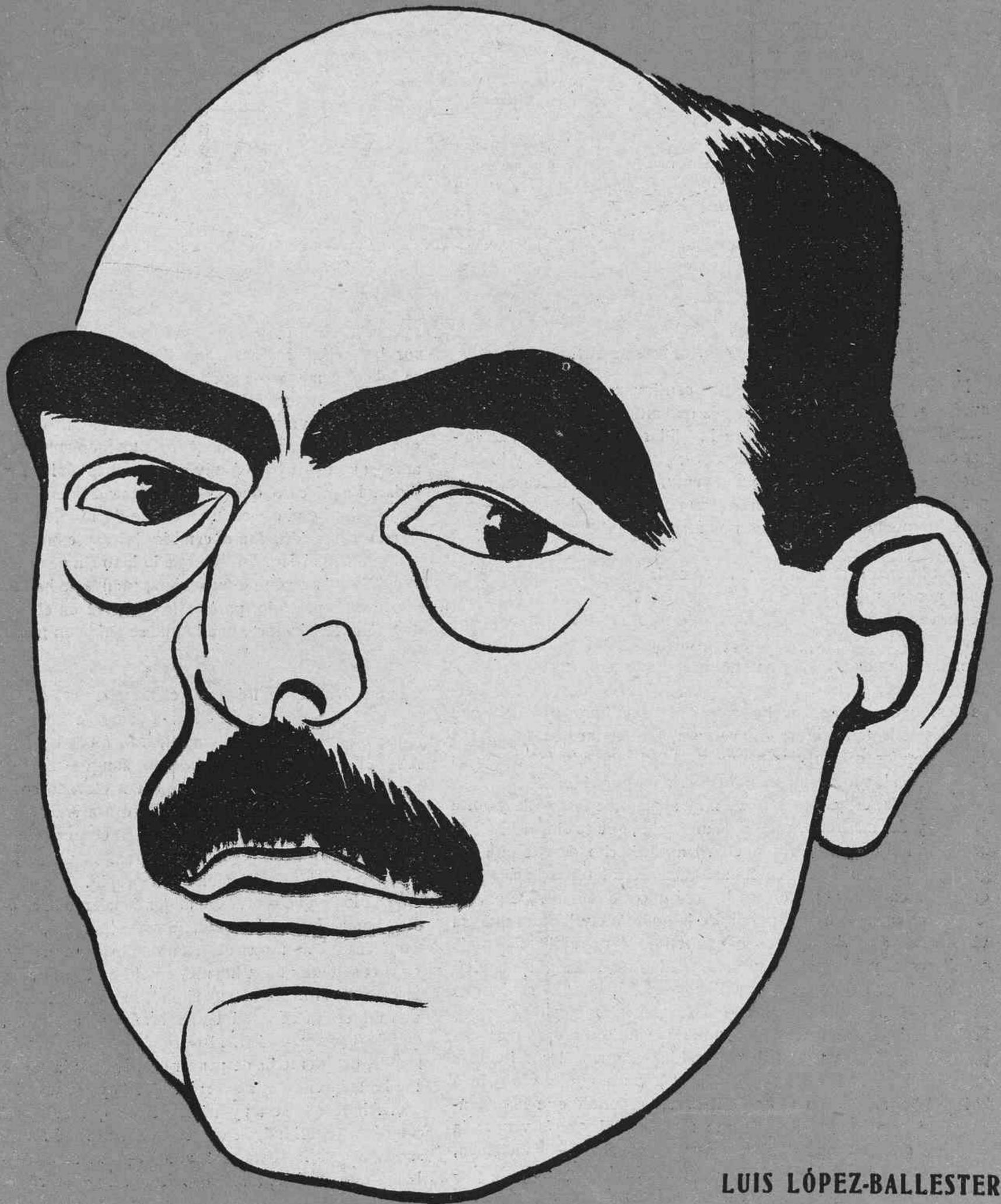
Madrid Cómico

Director propietario: MANUEL DE A. TOLOSA

1912—11 Agosto—Núm. 128

Oficinas y talleres:
Ferraz, 21.—MADRID

Teléfono 3558



LUIS LÓPEZ-BALLESTEROS

Al frente de "El Imparcial,"
se ganó la estimación
y el aprecio nacional;
¡pero le sabe muy mal
que le quiten el "guión!,"

20 cts.



CHARLA SEMANAL



Nosotros, los españoles...

Nosotros los españoles, vivimos continuamente al calor de la aventura. De ella diríase, que es la que aroma la existencia de los seres á quienes les abruma hasta invalidarlos en absoluto, el vulgar cotidiano. La vida de los españoles ha sido siempre, y lo será por los siglos de los siglos, una aventura. Por esa única razón es por la que para nada tenemos firmeza, ni nunca lograremos que aquello que nos rodea tome los caracteres inherentes á lo definitivo.

Aventureros somos en todo. A veces la tranquilidad proporcionada por una existencia cómoda, cae ruidosamente á impulsos de un capricho. ¿Y qué es esto, sino la fiebre de aventura que nos hace arder la sangre, y ese hervor de sangre el que nos lleva á cometer algunos actos, que por lo grandes hace parecer á los hombres que los ejecutan, héroes y á veces á los héroes dioses? Verdad es, que en amor muchas veces nos rendimos, es decir, que después de ir de aventura en aventura, terminamos en los brazos de una mujer que en nuestra mente idealizamos, y que como es nuestro ideal, procuramos aprehenderlo de por vida.

El otro día, en cierto sitio no muy alejado de esta villa y corte del oso y del madroño, presencié un hecho, que es el que ha dado motivo á lo que preinserto queda. Un muchacho de cuerpo espigado y de rostro inteligente, caminaba decidido por la carretera que corta en dos, el pintoresco lugar á que me refiero. De pronto le salió al encuentro una pareja de la guardia civil. Ante nuestra vista, se desarrolló una escena que retrata á maravilla el temple caballeresco, y á la par, aventurero de la raza... La guardia civil preguntóle que á donde iba, y él respondió que no lo sabía; que por aquella carretera adelante, adelante, caminaría sin saber, ni hasta que lugar, ni mucho menos hasta cuando. Pero lo más sorprendente y á la vez lo más admirable, es que á las reiteradas preguntas que se le hicieron acerca de la causa que le obligaba á huir del hogar, á cuyo calor cobijábase, respondió que la distancia queríale robar el amor de una mujer, y él quería vencer la distancia que los separaba, para que no se saliera—la distancia, no la mujer—con la suya. Esta respuesta indica, como antes hemos dicho, el temple de alma de aquel ser inocente, que en el amor que iba á buscar, abandonando el lugar en que naciera, no veía que tras todo amar y máxime cuando el amor es grande, se esconde un dolor que con nada se alivia, ni menos se cura...

Nosotros los españoles necesitamos, porque es nuestro alimento espiritual, de la aventura. Sin ella no podemos vivir. ¿Qué harían entonces los señoritos horteras, que en los festivos días discurren

por las calles y plazas que tiene Madrid? No tendrían ninguna, absolutamente ninguna, razón sus existencias deslizadas, entre esas dulces mentiras susurradas al oído de candidas niñas, ofreciéndoles un mentido amor. Pero hay muchos en que no; en que á veces, ese mentido amor de un momento, se convierte en el amor que nos ayuda á vivir, por ser la única razón de nuestra vida.. En el caso que inspira estas consideraciones ¿pudo creer ese muchacho al ofrecerle su cariño de niño, que ese cariño hondamente sentido, iba á cambiar la trayectoria de sus días, tan rotundamente? No. Yo creo que lo hizo sin pensarlo. Y para creerlo así, hay la razón de que cuanto grande se ha realizado ha sido sentido, no pensado, porque lo que vive en el cerebro, vale menos siempre, siempre, que lo que se anida en nuestro corazón.

* * *

Hablaré ahora también, de cierta aventura amorosa, en la que juega el papel más saliente una dama de ablenço esclarecido, no solo por fuero de la sangre, sino á la par, por el del talento. A mí el suceso no me ha chocado, aunque tenía con respeto á la señora en cuestión, un concepto tan elevado como su alcurnia. Y se me preguntará ¿debido á qué causas?... La respuesta ha de parecer á algunos no muy digna de tenerse en cuenta, porque se lo ha de vedar, á buen seguro, un ingénito egoísmo, que otros más condescendientes le llaman amor propio.

¿Debido á qué causas esa mujer de talento se arrojó en brazos de otro hombre? Pues por primera causa por eso, por ser una mujer de talento. Una mujer de talento ha de pensar que si el código civil considera una eximente, en el hombre que mata, el hacerlo al calor de un instante emocional, ha de considerar, asimismo, en una mujer que se arroja en los brazos de quien la ofrece amor, el que lo hace, también, al calor de otro instante emocional, una mujer, de talento ha de pensar eso. Esta es la razón por lo que no me ha sorprendido la aventura que hoy corre de boca en boca.

...Ahora que se muy triste pensar que un hombre para tener completa seguridad, de que su honor no sufrira mancilla ha de casarse, necesariamente, con una hembra, nada más que con una hembra que no haga más que sentir, no pensar,

Luciano de Taxonera.



Con la intención, basta...

I

—Por Dios, padre cura; mire usted que son parladuras del pueblo; mire que se lo juro por mi ánima, que en jamás de los jamases tenté yo el pelo de la ropa á la muchacha; mire que se trata de una muy casta moza y que la envidia de los sus desdeñados amadores, punzante y cruel, á no poder otra cosa de mayor cuantía, quíerenla robar su fama.

—¡Ya veo, hijo; ya veo!

—Lo dice el refrán. «Coge buena fama...»

Yo la tengo, sin merecerla, de mujeriego: porque bien sabe Dios, y mire padre cura que me estoy confesando, bien sabe Dios, le digo, que ninguna moza del pueblo tiene que guardar secretos por mi causa... Este run run hanlo levantado los mozos del otro partido, nada más que por envidias... ¡Eso es, por envidias!

—No murmures, hijo.

—Yo sí, hablo con ella desde que vine al servicio; y hablamos porque nos queremos bien, porque pensamos casarnos para después del recogimiento. Algún métome en todo, alguien que no debiera mezclarse en nuestras cosas, atisba y huele más de lo regular: lleva chismes y trae cuentos, todo con la intención torcida del cizañoso, ó el resquemor del despechado.

—Y anoche, ¿qué hacías junto al Humilladero?

—¡Qué quiere usted que hiciera! Llevaba las yuntas al pilón, y como ví que pasaba *ella*, paréme un poco y hablamos otro poco.

—¿Nada más, hijo mío?

—¡Nada más!

—De modo que tienes tranquila la conciencia, que ningún pensamiento funesto ha cruzado por tu mente...

—No digo tanto, padre cura. El pensamiento, y más el de un enamorado, tiene alas, y como tiene alas, vuela marchándose muy lejos...

—¿Y dónde se marcha?

—¡Ah; pero también hay que decir las intenciones?...

—Sí, hijo; y ten entendido que en estas cuestiones tan resbaladizas, con sólo la intención basta...

II

Terminó de confesarse nuestro hombre, y como buen cristiano, dispúsose á cumplir, inmediatamente, la penitencia.

Consistía ésta en mandar decir una misa de las ordinarias, de seis reales, en desagravio del pecador; y como él no tenía los dineros en la faltriquera, fué en busca de ellos para ejecutar cuanto antes lo prescrito.

Poco tardó en regresar al templo. Contrito y humillado acercóse al confesor, pues éste tendría que decir la misa por no haber otro cura en el lugar, y que recibir los seis reales, como lógica consecuencia.

—Vamos, hijo—dijo el reverendo—. ¿Estás arrepentido?

Sí, padre. Al mismo tiempo que respondía, mostraba la peseta y media al través de la rejilla del confesonario.

—Espera que abra, hijo mío. Y acompañando con la acción, trató de apoderarse de la calderilla.

Pedro obró rápido: guardóse el dinero, y ya con la bendición absoluta inició la retirada.

—¡Pedro, Pedro! ¿Pero no me das la misa?

—Con la intención basta, padre cura...

Y salió de la iglesia sonriendo truhanescamente.

José Martín y Alonso.

Medicínate y verás

Caminito de Valencia, de Valencia la florida, iba Tomás el huertano caminando muy deprisa; dirijáse al bufete del notario, pues hacía unos tres ó cuatro meses que su padre murió, víctima de un cólico de paella... (que también esto intoxica).

Iba, pues, Tomás á asuntos de la testamentaría de su padre, que esto es cosa que ha de arreglarse enseguida pues sino, urjen los líos infernando la familia, (que en cuanto median dos cuartos en esta pícara vida se pegan hijos con padres, y hasta sobrinos con tías).

Llegó en casa del notario Tomás, le explicó sus cuitas y el del *Nitul, prius, fide* le hizo relación sucinta de todos los documentos que las leyes exigían.

—Mire usted,—dijo al notario Tomás,—lo mejor sería que me diera un papelico y en él, escrita, una lista de *toos esos requilorios*, que dice que *nesecita*, porque, lo que es de memoria, de fijo que se me olvidan.

—¿Tú sabes leer?

—Yo no;

—Entonces...

—No faltaría

quien me leyese la nota hoy, mañana, ú otro día.

—Está bien lo haré.—Y el bueno del notario, muy deprisa, haciendo rayas por letras, y las palabras seguidas, é intercalando borrones escribió á escape: "*Partida de defuación del finado;*

Certificado de quintas de los hijos; escrituras de propiedad de las fincas; partida de casamiento con la madre..., y una lista interminable de pólizas y sellos y tonterías.

Salió Tomás del despacho y fuese, también deprisa, hacia la huerta, á dar cuenta á todos de su visita.

Iba el hombre recordando las pólizas y partidas que el notario había escrito en la famosa cuartilla, y resultó... que al minuto olvidóse de la lista.

Se encontró en esto al cartero y le dijo: ¿Tú querías hacer favor de leer esto?

—Pues ya lo creo: enseguida.—

Pero á los pocos momentos de haber pasado la visto por aquellos garrapatos que ni el cartero entendía, se la dió á Tomás diciéndole:

—Toma, que vuelvo enseguida.—

Y salió á paso de carga por la carretera arriba.

Pasó á poco tiempo el cura, le alargó Tomás la lista y le rogó que leyera lo que en el papel decía, pero también el buen pater miró y al ver la letrita. le dijo:—Toma, que tengo que llegar pronto á la ermita.— Y también se fué, dejando á Tomás como una esquiva.

Muy cerca ya de la huerta vió el huertano una botica y se acercó al boticario y le dijo:—Oiga, sería tan amable que...

—Ahora mismo—dijo, cojiendo la lista.

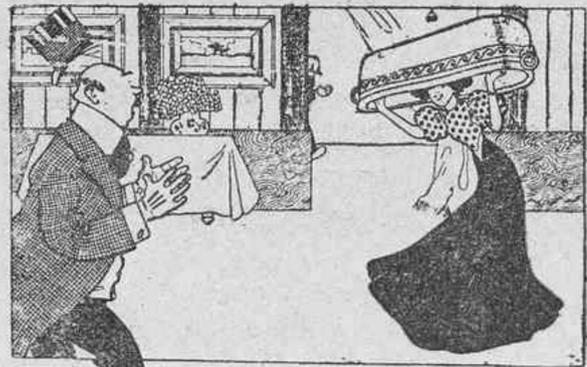
Miró, remiró, se puso las gafas, fijó la vista... y dejando á Tomás solo entró el hombre en la botica...

...Y al cabo de diez minutos salió el boticario aprisa con el papel... y con una coquetona botellita, y alargósele al huertano y dijo con voz tranquila;

—¡Ahí tienes; dos cucharadas antes de cada comida!...

Lector: cuando estés enfermo y te den la medicina... ¡acuérdate del huertano y de la famosa lista!

Mingo Revulgo



—¡.....!



—¿Te convences? Tanto calor como en Madrid, y unás cuentas que asan á cualquiera.

—¡Mira que cobrar tres pesetas por unas aceitunitas!

—Eso es para justificar que aquí hay frescura.



Nunca como ahora, en este luminoso alborear de la ciencia moderna, podría tener aplicación la manoseada frase de que la poesía está llamada á desaparecer. Los poetas suelen hablar en sus odas y en sus sonetos, de que ellos quisieran tener alas para volar muy lejos de las terrenales impurezas, y eso que en realidad no lo podrían conseguir engarzando consonantes, lo verifican unos hombres sin cultura literaria, pero que poseen conocimientos de mecánica. Cualquier *chauffer* estudioso é intrépido, hace carne el ensueño de casi todos los poetas. Volar no es ya una elucubración, y cuando un poeta se pone muy lírico y escribe que quisiera remontarse sobre los tejados, le podemos agregar socarronamente:

—Pues vuele usted si quiere. Ahora hay unos artefactos con unas alas y un volante en los que puede usted realizar sus sueños. Estudie un poco de mecánica y ya está. Yo creo, que casi ningún poeta volaría.

Es más cómodo efectuarlo con las alas de la fantasía; se aterriza más fácilmente, y no se ha dado aun el caso de que ninguno de esos nautas ideales, se haya dejado la cabeza en ninguno de sus recorridos.

Los poetas que no tienen derecho á ponerse tristes, diciéndonos que quieren votar. Este género de poesía está en bancarrota. Esa retórica ha finado.

Las maravillas de ahora; los privilegios de la imaginación, los realizarán en la actualidad, los hombres de ciencia desde su laboratorio. Edisón es uno de los más grandes artistas contemporáneos, y la labor de Marconi es una obra de poeta.

Estas gentes son igual que magos, y con sus cifras y sus fórmulas, con sus volantes y el dominio de las fuerzas naturales, por sus horas de gabinete de estudio, hace cosas que sobrepujan á los más audaces imaginaciones de los poetas.

Han dominado el mar, el viento, las distancias; le roban sus secretos al Universo, con sus telescopios y sus libros de geometría y de trigonometría. Hay barcos maravillosos como ciudades flotantes; por el telekino, se pueden guiar las embarcaciones desde la orilla. Hay hombres que renuncian á los placeres de la vida, como la viven los otros hombres, y dominan la trolología, la histología... La ciencia tiene más fanáticos, más héroes, más santos y más mártires que las artes y las religiones. Tal vez porque á esas alturas el arte excelso, está en la ciencia.

Poco les quedará á los poetas que no realicen los hombres de ciencia; la poesía objetiva tendrá que buscar nuevas orientaciones. Sin embargo, señores positivistas y envilecedores de la vida con vuestra prosa, la poesía no desaparecerá.

Quedan tres enigmas, tres misterios, que son una sola eternidad, *el amor, el dolor y la muerte*.

Nunca penetrarán en ellos los telescopios; ningún aparato volador aleteará en sus confines; serán inútiles las fórmulas y los libros. Son los grandes, los hondos enigmas, el misterio de nuestro propio yo, que es lo más desconocido para nosotros, y esas tres alcinantes y eternas interrogaciones serían la ubre eterna de la Sante Poesía.

Y en el futuro quimérico de la apoteosis plena de la ciencia, siempre habrá una zagala que llorará dulcemente, oyendo las palabras de otro corazón de veinteaños, que con las mismas, las perfumadoras, las armoniosas que sonaron en la hora inicial de nuestra bola y de los demás bolas que ruedan por el espacio infinito. Porque el amor es lo único que nos hace pensar seriamente en que existe Dios.

* * *

Y ahora vamos á hablar un poco de D. Alberto Tostado, que ha escrito un folleto de poesías cortas, en Rosario de Santa Fe según uno.

Es un rubí
mi corazón,
no tienes com-
pasión de mí

Es igual que las cosas en verso festivo, que hacen por estas tierras los rimadores cómicos.

Pero el Sr. Tostado escribe eso en serio; su librito lo componen unos catorce sonetos por el estilo, de metro y de rima:

Toca el violín
un ruiseñor
tu colorín
canta mejor.

¡Pues tendré que ver el colorín de la dama á quien el vate se dirige. Eso de que los ruiseñores tocan el violín es completamente disparatado. Habrá querido decir, que los poetas como él tocan el violón. Eso es más razonable.

Me voy por fin
de tu jardín.
Tu ruiseñor
no canta amor
en un violín.

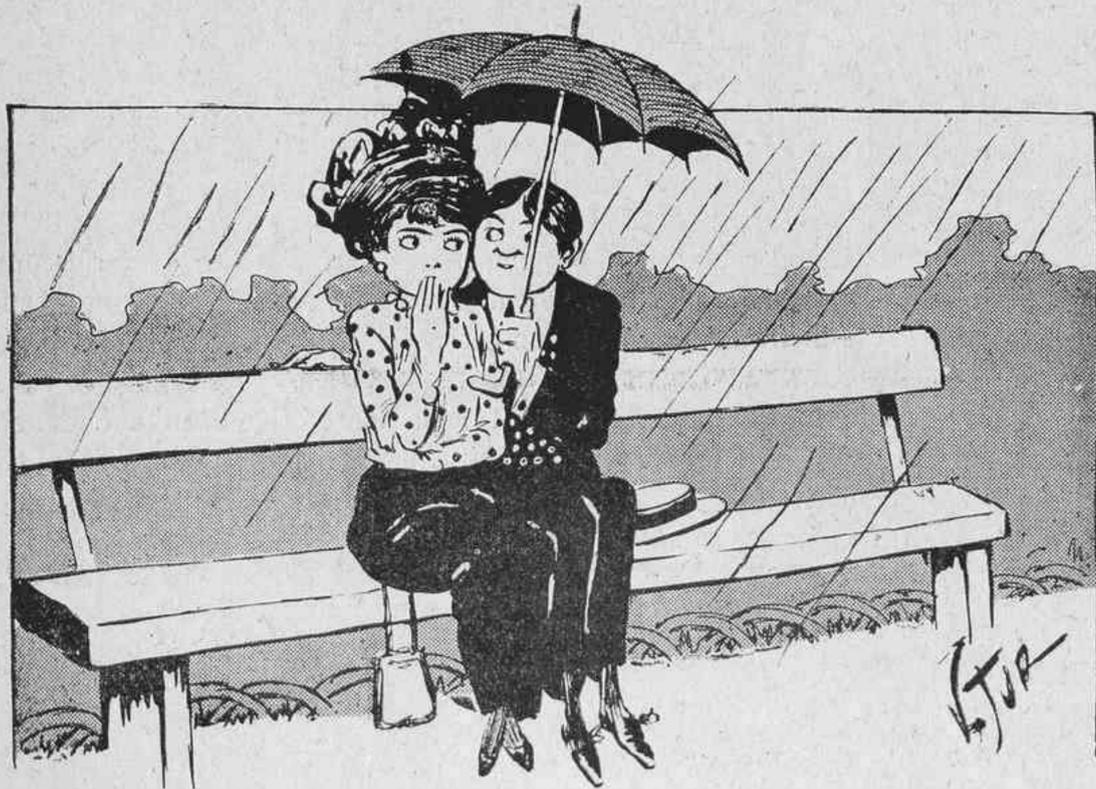
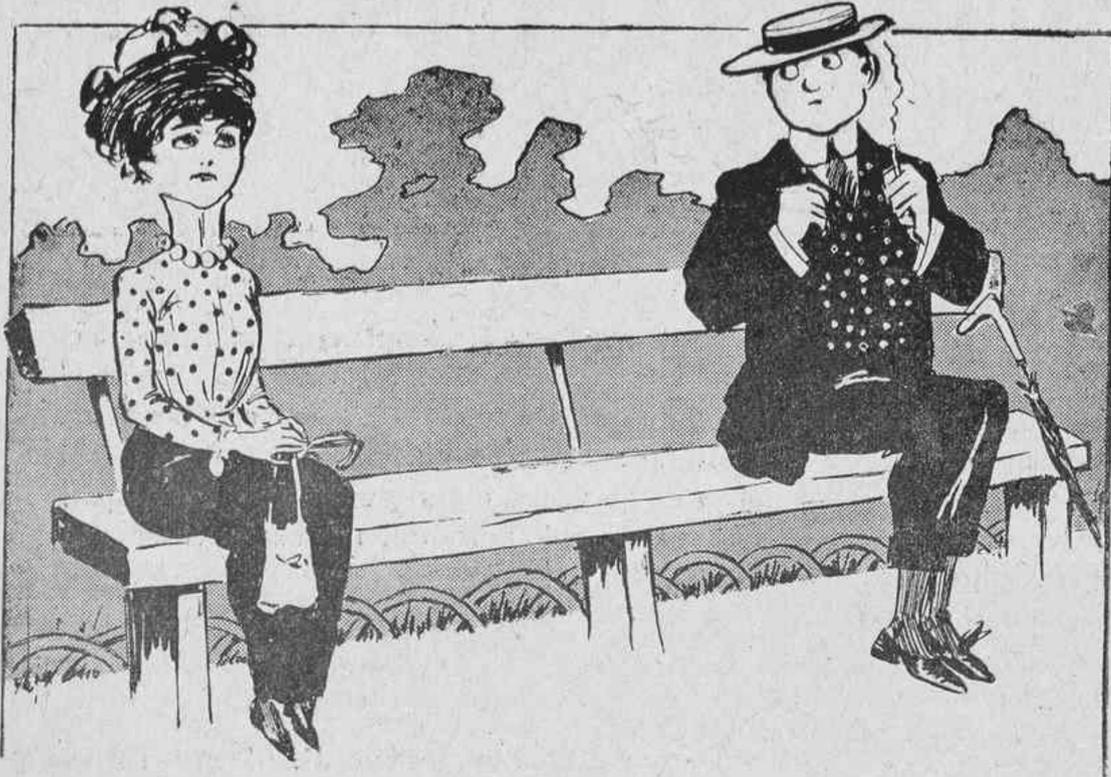
Usted calumnía á los ruiseñores, Sr. Tostado. Los ruiseñores cantan nada más, pero yo no he visto á ningún ruiseñor tocando ese instrumento en ningún café.

Afortunadamente el libro es muy cortito; pero todo todo él está *engarzado* de desatinos. El poeta merecería citar como del apellido en el escaparate de Botín, para ejemplaridad de los chistes americanos y también de los indígenas. ¡Ah! el librito se titula *Estelas*; os lo advierto para que os libreis de él.

Emilio Carrere

El agua une los continentes.

Historieta cómica por TUR.



A una desconfiada

Yo quisiera...

Yo quisiera verte sola
y de todos despreciada;
yo quisiera amarte siempre
y, aunque loca te llamaran,
en mis brazos contemplarte
y loco de amor mirarte;
que mis labios te besaran
y de placer transformarán
tu cuerpo gentil de niña
en mujer apasionada
y, no encontrando mirada
que, cual mis besos, quemase,
te rindieses trastornada
al amor que te inspirase.

En el inmenso vacío
donde el vértigo se siente,
donde la atmósfera falta,
donde el aire se enrarece,
allí quisiera yo verte
y, de todos olvidada,
tan sólo por mí adorada,
allí quisiera perderte...

Que al faltarte allí el cariño
de tus padres y parientes
y, no teniendo á tu oído
el adular de otras gentes,
comprendieses el martirio
del amor que un hombre tiene
por una mujer coqueta
que mira al hombre en su mente
cual placer de la materia
cual placer que el cuerpo siente.

Yo quisiera verte aislada
de todo amor mundanal
y que al verte abandonada,
no tuvieras, prenda amada,
remedio para tu mal,
que entregarte soñadora
al corazón que te adora
con locura sin igual.

Y así, del espacio en el vacío
te sintieses hembra avara
de gozar entre mis brazos
del amar que te inspirara

Y uniendo mi cuerpo al tuyo,
y ardientes, cual el deseo,
nuestros labios se juntaron
y eterno amor se jurasen;
y que, abriéndose el capullo,
que sonrosado me guardas:
tus labios junto á los míos
y tu sentir con mi alma
no tuvieras más remedio
que hallar en mi confianza.

José Vaello de Lanuza.



Del ingenio de un rey espléndido

Era el atardecer de un día otoñal. Las gentes que retornaban del paseo, las que salían de su oficina, los arrojados conquistadores de la casualidad, que desafiando el frío, el calor y la lluvia, esperan á pie firme el paso de un amigo suficientemente estoico para desprenderse de las dos pesetas salvadoras, formaban en la democrática Puerta del Sol, ese complejo enjambre de personas, que á filo del anochecer, pasea su holganza por dicha plaza.

Sentado á la ventana de un café, fija su vista en la copa vacía y en el bruñido mármol de la mesa, Eduardo del Palacio, el notable humorista, torvó el mirar y fruncido el entrecejo, parecía absorto en profunda meditación.

Eduardo del Palacio, atravesaba en aquél anochecer por uno de esos momentos, en que por un raro fenómeno fisiológico, se piensa con el estómago.

Bohemio y soñador por temperamento, fué toda su vida Eduardo del Palacio, y aunque su talento era estimado y como escritor, ganaba lo suficiente para vivir, era tal su imprevisión, que no bien se veía dueño de unas pesetas, dábbase á derrochar sin tino hasta consumir el último céntimo, cosa ésta que le hizo pasar graves apuros y no pocas hambres. Gastado el dinero que por sus escritos cobraba, era su vida un milagro, que tenía sus comienzos en recorrer la casa de los íntimos y terminaba en un restaurant económico.

Pensando estaba que amigo tendría en el bolsillo, su alimentación de aquella noche, cuando acertó á pasar por delante de la abierta ventana, un caballero á quien don Eduardo creyó conocer. Descubrióse á tiempo que miraba el transeunte, y correspondió éste al saludo con una inclinación de cabeza y una sonrisa, que parecieronle al escritor una promesa. Por experiencia sabía el bohemio, que á veces, cuando más ajena se cree la suerte pasa á nuestro lado y nosotros inconscientes, la dejamos pasar sin detenerla. Y Eduardo del Palacio, temiendo que su cena pudiera huir en compañía de aquel señor incluyó el cuerpo fuera de la ventana, para detener su marcha.

—¡Eh, caballero!—gritó.

Volvió el desconocido la cabeza y acercóse á la ventana muy afable.

—Hombre,—siguió el escritor—usted perdone, pero me ha parecido recordar que le he visto alguna vez. Yo creo que usted me conocerá. Soy Eduardo del Palacio, escritor...

—En efecto,—atajó sonriente el desconocido—le conozco, y no es extraño que usted me conozca á mi también. Soy Amadeo I de Saboya...—y acentuó la sonrisa, que ahora tornóse irónica pensando en lo desconcertado, que ante tal revelación iba á quedar su interlocutor.

—¡Ah! pues ya sé de qué conozco á Su majestad.—continuó muy tranquilo don Eduardo—de haberle visto en un duro que tuve mucho tiempo...

Comprendió el rey toda la triste elocuencia de la respuesta, y luego de rogar al escritor que le enviara al día siguiente algún libro suyo, se alejó de la ventana.

Casi rayaba en locura la alegría de don

Eduardo. Cuando de madrugada tornaba á su casa, frotábase las manos de gusto, pensando en el éxito de aquella empresa. Pero entristeciése de pronto. ¿Cómo enviar al rey un libro suyo, cuando ninguno había publicado todavía?

Luchador contra lo imprevisto, no era nuestro hombre de tan estrecho espíritu que le amedrentara tal dificultad, y se le ocurrió la donosa idea de recortar diez ó doce trabajos suyos publicados en periódicos y pegarlos en las hojas de un cuaderno de apuntes, trazando en la cubierta esta donosa epigrama: "A su majestad, el rey D. Amadeo I de Saboya, dedica sus obras completas, Eduardo del Palacio". Y fuése á la intendencia de la Real Casa, donde con gran énfasis, depositó su homenaje.

Tan intranquilo como si estuviera en trance de ser ahorcado, pasó D. Eduardo aquél día, hasta que mediada la tarde llamaron á su puerta. Era una criada, que á dar cumplida contestación á un mensaje venía. Ya solo el literato, dióle cien vueltas al paquete en sus manos, antes de romper el lacrado cordón que le sujetaba. Cuando lo hizo, se apoderó de él un desencanto; lo que venía tan envuelto, era

otro libro lujosamente encuadernado. A punto de desmayarse de emoción estuvo al abrirlo. Tantas hojas como él había llenado de impresos en su cuaderno, aparecían en este con *billetes de mil pesetas*, cuidadosamente pegados.

Como por arte de encantamiento, desapareció tan fuerte una de sus manos en pocos meses, y otra vez en la miseria, dióse á pensar un medio ingenioso de conmovier al rey. Decidió repetir la operación en su forma primitiva, variando la dedicatoria, que esta vez decía de este modo: "A S. M. el Rey D. Amadeo I de Saboya, dedica la *segunda edición de sus obras completas*, Eduardo del Palacio".

Y tornó á recibir contestación del rey en la misma forma que la primera vez, solo que D. Amadeo, en la cubierta del cuaderno, trazó de su puño y letra de este poema de humorismo y de delicada protesta, ante el temor de repetidas ediciones: "A don Eduardo del Palacio, obsequio del Rey Amadeo I de Saboya, por la *segunda y última edición de sus obras completas*".

Diego Martín del Campo.



—¡Qué airoso!

—¿Y á ti no te gustaría montar?

—Hija mía, á mi no, no...



El dulce 'parqueo'. —Carambola tranviaria.

Del humano vivir

Era una noche de invierno lluviosa y desapacible. Vagaba yo aburrido por las calles céntricas, sin saber dónde meterme para resguardarme del frío y encontrar distracción á mi aburrimiento, cuando al través de las ventanas de un café, divisé á Paquito Encinares. Estaba serio, pensativo, aburrido. No me chocó, pues sabía muy bien que mi amigo, pese á lo cuantioso de su capital y á su vida cómoda y sin preocupaciones, profesaba la manía de la desesperación. Entré á reunirme con él. Apenas contestó á mis buenas noches y cuando el camarero puso en la mesa la consumación por mí demandada, inicié la charla.

—¿Qué te pasa, Paquito?—le pregunté.

—Estoy indignado con la humanidad.

—¿Indignado con la humanidad?

—Sí; no me mires con ese asombro. Lo que está ocurriendo, es intolerable, vergonzoso, inhumano. Todos los días traen los periódicos la noticia de que algún desdichado ha muerto de hambre en una bohardilla, ó de frío en medio de la calle.

—¡Ah, vamos; estás en pleno romanticismo caritativo!

—No, no es romanticismo; es mi conciencia que se revela contra el asesinato que la sociedad comete con esos infelices. En el mundo, somos muchos

los que tenemos dinero de sobra, y con un poco de caridad, se remediarían esas miserias.

—¿Tu crees?...

—¡Qué duda cabe! Lo que pasa es que hay muy pocos como yo; los caritativos, los que sienten la compasión por el semejante en desgracia, son los menos.

—Querido Paquito, en eso, estás en un grave error. Hay muchas, muchísimas personas que piensan como tú y remedian el mal en lo que pueden. Lo que pasa es que la caridad, como todas las cosas, está en nosotros á merced de nuestro estado de ánimo.

—No te comprendo.

—Pero yo te lo explicaré. Quiero decirte, que los acontecimientos adversos ó favorables de nuestra vida, influyen en nosotros para todo. Hasta para sentir el amor al prójimo. Un hombre á quien acaban de dar una no-

ticia, ó que le ha ocurrido un acontecimiento agradable, en ese estado de optimismo, es capaz de todos los sacrificios por un semejante. Ese mismo hombre en un momento de desesperación, que le lleve al mayor de los pesimismo, acaso no sea capaz de mover un pie por salvar la vida de un desdichado.

—Pero eso es de un egoísmo intolerable.

—Todo lo intolerable que tu quieras; pero, por desgracia, todos lo ponemos en práctica. Tú mismo, que reniegas de él, consulta tu conciencia y acaso te acuse de haber negado alguna vez la limosna al desvalido ó el favor al amigo, llevado del mal humor que en tí produjo una pérdida en el juego ó el rompimiento con la mujer amada.

—Jamás; mi amor al prójimo, debe estar y está, por encima de mis contrariedades.

Discutimos largo rato defendiendo cada cual sus teorías, y Paquito, que es un apasionado, llegó á incomodarse.

Salimos del café. La noche fría y lluviosa, era de una amarga desolación. Por el momentáneo enfado de mi amigo, caminábamos en silencio. Del quicio de una puerta, surgió un mendigo, que tiritando bajo sus harapos, demandó á Paquito una limosna y él, preocupado con el disgusto que le produjo nuestra discusión, no tuvo ni siquiera una mirada de lástima para el desdichado.

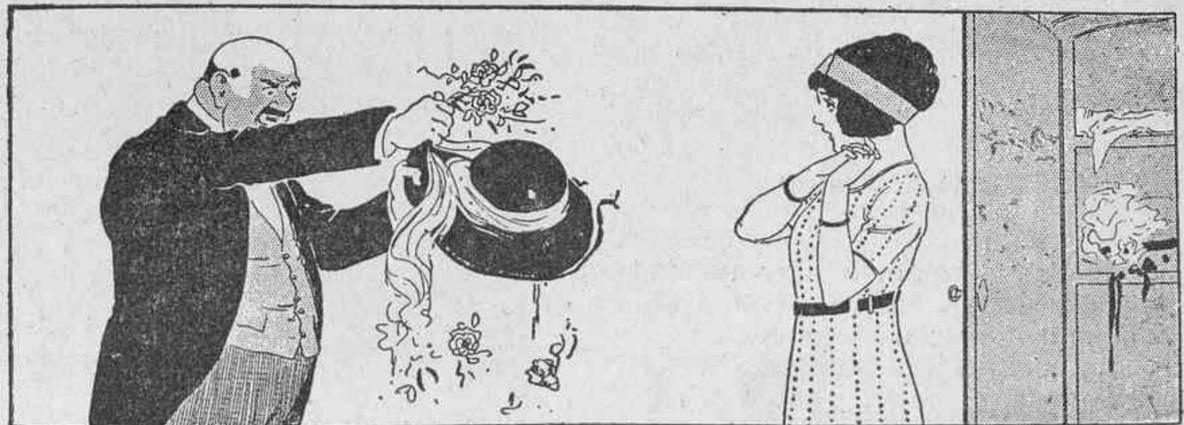
Daniel Valdivia.

Hasta el fin nadie es dichoso

Por su honrado proceder,
su tierno y amante anhelo,
tenían fama de ser
un matrimonio modelo,

cosa que justificaban
los dos, con el testimonio
de que todos envidiaban
la paz de aquel matrimonio.

Pues en treinta años ó más
de vivir en dulce unión,
es sabido que jamás
tuvieron una cuestión,
ni eran de esos matrimonios



—Mira, de este sombrero á un jardín... artificial, no hay nada. Y luego trescientas pesetas.



—Yo le encontré muy mala la lengua.
—¿Hoy sólo? Pues la tiene mala siempre.

que viven siempre en porfía,
y se dan á los demonios
á todas horas del día

Nada de armarse querella
turbando su dulce calma,
pues sabido es que él y ella
eran dos cuerpos y un alma.

Sí, señores; un encanto
era el matrimonio aquél,
porque si Antonio era santo,
Pura era mejor que él.

Pero después se ha sabido
con asombro general,
y la noticia ha corrido
por toda la capital,

que tanto el bueno de Antonio
como la ángelica Pura,
formaban un matrimonio...
sin la bendición del cura.

Un día, viéndose viejos,
y ya sin miedo á engañarse,
cediendo á sabios consejos
determinaron casarse;

fueron al templo, y el cura
santificó aquella unión,
recibiendo Antonio y Pura
la sagrada bendición

quedando, como es corriente
por el santo lazo unidos;
pero ¡ay! al día siguiente
ya estaban arrepentidos

y en vista de ello, acordaron
uno y otro, divorciarse,
¡porque según confesaron
no podían aguantarse!

MANUEL SORIANO.

Noche de verano

Son las diez de la noche, de una noche de Agosto tan calurosa como el día que ha finado. Pérez, el pobre Pérez, empleado de seis mil reales, que no puede permitirse la comodidad de veranear en playas elegantes, acaba de hacerse la ilusión de que ha cena-

do, si se atiende á lo frágil que es la alimentación en las casas de huéspedes de dos pesetas.

Nuestro hombre, luego de haber cenado, se cree con tanto derecho como cualquier hacendista de la Arrendataría, á unas horas de solaz, y luego de ataviarse con el pantalón blanco y la americana de alpaca, procedentes del «Aguila», y los zapatos de color, de doce cincuenta, sale á la calle en busca de los esparcimientos veraniegos que estén al alcance de su escaso peculio.

Como la casa de huéspedes habitada por Pérez está enclavada en los barrios bajos, no bien sale de ella empieza á gozar de las *delicias del verano*. Unas cuantas familias, huyendo de sus calurosas viviendas, han establecido su aduar en medio de la calle. Hombres, mujeres y niños, sin ningún miramiento á las Ordenanzas Municipales, invaden la acera formando corro en derredor de un ventrudo y gigantesco botijo. Pérez, por no destrozarse los pies con los guijarros, cruza haciendo equilibrios por no pisar á los ciudadanos que se están oreando, pero tiene la mala fortuna de tropezar á un niño que lanza un berrido, y desatan contra él las furias de los circunstantes.

—Podía usted mirar donde pisa, tío atontao.

—Ustedes dispensen—arguye Pérez muy fino.

—Cómprese unas gafas.

—Déjale que pase, que la debilidad le nubla la vista.

—Después de todo, si estuvieran ustedes en su casa, no les pisarían. La calle, no es lugar de esparcimiento—responde Pérez indignado, al ver cómo corresponden á su fina excusa.

—¡Ay que gracia! ¡Si será usted el gobernador, y no habíamos *arrepárao*.

—Escríbale al señor Rocamora *pa* «da voz de la calle».

—Dejarle, que hoy no tenían que lavarle el pantalón y l'ha *tocao* salir de paseo.

Pérez, viendo que si pretende vencer á aquellas gentes de sus derechos, terminaría pagando veinte pesetas en el juzgado municipal, sigue su camino avergonzado. En la Puerta del Sol, luego de mil apretones, pisotones y codazos, logra subir á un tranvía que le lleve á Rosales. Pérez, con grandes trabajos, logra *acomodarse* en la plataforma, donde van tres ó cuatro personas de más. Cuando el tranvía va á ponerse en marcha, hacen su entrada triunfal en la plataforma dos guardias, y Pérez queda prensado entre el torno y un señor que si lo elevan en la plaza de toros en día de corrida, hay eclipse de sol; tal es su obesidad.

Llega á Rosales y se sienta en una silla, con gran exposición de su flamante pantalón blanco. Cerca de él hay una tertulia de esas que en este tiempo forman en los paseos las familias taboadescas. Las sillas cercanas á la suya, las ocupan una mamá con su hija, que por lo flacas y desmebradas, acusan una lamentable ausencia de cocido. La mamá cuenta ilusionarias grandezas de cuando su marido era secretario del gobierno civil en Filipinas, y la niña mira á Pérez con ojos lánguidos. Primero le aborda una florista, que le ofrece su mercancía haciéndole guiños alusivos á la niña clorótica; el chico de los periódicos, quiere hacérselos comprar á la fuerza; un jorobado, vendedor de décimos, le mete por las narices «el de la suerte»; la aguadora, se empeña en convencerle de que tiene sed; una gitana se obstina en predecirle su suerte, y le maldice por no darla una perra *pá* los *chorreles*; un limpiabotas ambulante, tira violentamente de sus piernas, para obligarle á tomar sus servicios; le piden limosna ciento cincuenta pobres, y Pérez, desesperado, abandona el paseo.

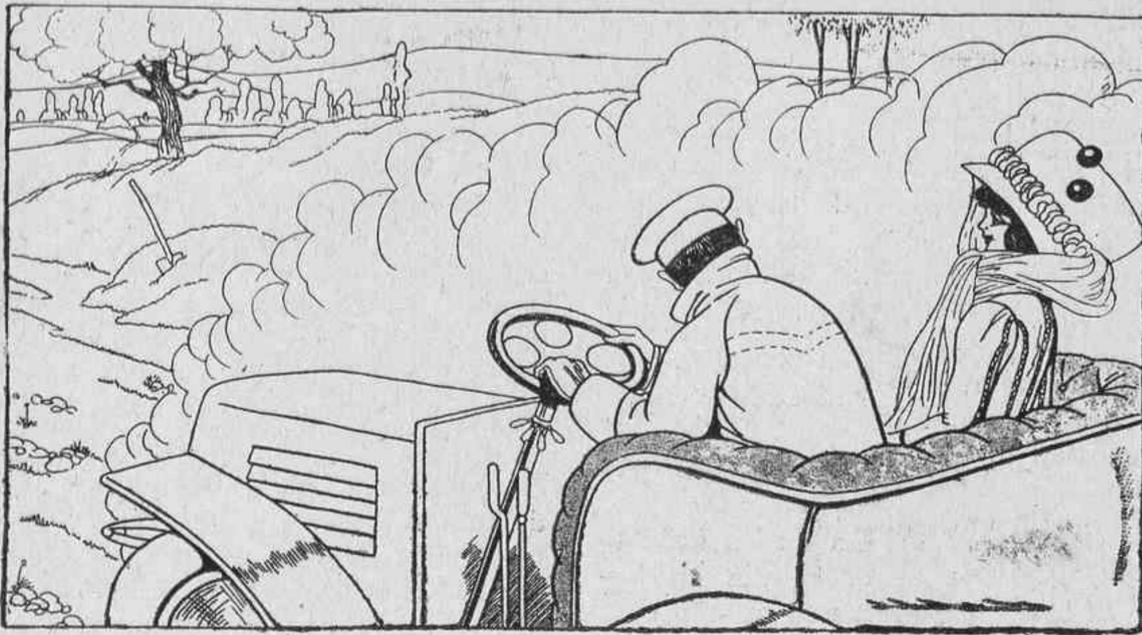
Cuando llega á su casa, todavía forma corro ante la puerta la tertulia de sus vecinos, presidida por el portero, que es guardia de orden público, y amenizada por el ebanista del patio, que toca el acordeón. Y mientras Pérez en la cama, pretende en vano dormirse, luchando á brazo partido con las chinches, piensa, que pese á los que pregonan las *delicias del verano* en Madrid, los que lo pasan en San Sebastián y Biarritz, están en la gloria.

Javier Araluco.

Noche de bodas



—¿Al fin nos han dejado solos?
—¿Ah, sí? (Pues nadie lo diría...)



—Montes que se hundan, árboles que nacen...
—Mira, déjate de poesías y ten más cuidado del volante.
—¿Del de tu falda...?

Rancias costumbres

De tiempo inmemorial existen en España, y sus alrededores, ciertas costumbres, que en el fondo, «tienen lo suyo», como dicen de ciertas cupletistas ó tiples de Eslava, sus más entusiásticos y «detallistas» admiradores.

Dáse por desventura—el caso precisa el aplicado calificativo—la triste misión de hacer una visita de pésame; si por casualidad—las más de las veces—las personas que llevan á efecto tal hábito, únicamente acuden con sentimentales y honradas palabras, por cumplir, á consolar á la familia del ser querido que se «largó al otro mundo», viéndose libre de pagar el «simpativo» impuesto de inquilinato, «ignorante» de si por ese «popular barrio» hay otros impuestos por el estilo.

Cuantos individuos rodean á los allegados al difunto, se deshacen en consoladoras frases, casi todas cortadas por el mismo patrón, y más vulgares que la descuidada indumentaria de cierto bizarro general, y cierto también popularísimo beodo, que siempre campechano y «soplado» ¡naturalmente! recorre calles y plazuelas, haciendo las delicias de los transeuntes... He aquí algunos ejemplos de las susodichas frases.

—¡ Con que murió el pobrecillo!... ó pobrecilla, la frase no hace al sexo...

—¡ Quién lo había de decir!... ¡ No sabe usted lo que lo siento!...—en su fuero interno, si es hombre, está pensando en la última corrida que presencié, las arriesgadas y artísticas faenas de los diestros; si es mujer, en tan críticos instantes se halla más atenta en criticar los muebles de la casa, y el sombrero «garrotín»—digno de garrote—que luzca otra señora allí presente...

—¿ Y cuáles fueron sus últimas pa-

labras? ¿Fué larga la agonía? ¿Recibió con lucidez al Señor?

—Sí, señor; ó no, señor;—se suele contestar siempre á esto...

Vuelta y torna á mortificar á la atribulada familia con preguntas impertinentes, que en lugar de hacerla olvidar la desgracia, breves instantes, se complace uno, es decir, nos complace todos, por regla general, en demostrar un interés ciego (léase hipócrita) á los que lo sienten con toda el alma; bueno, si han heredado, que sinó, el dolor, no pasa de ser el mismo que el que nos produce el estravío de un periódico ilustrado de o'05... las cosas claras... y los dolores agudos, ó no sufrirlos...

Sería lo más acertado que en casos de una desgracia semejante, cumpliéramos con la familia que sobre ella pese tal trance, mandando una simple tarjeta de atención, y no que nos pongamos delante de gente á gesticular fingiendo cara de tristeza, cuando hasta por la escalera hemos subido cantando los cuplés de «La corte de Faraón», y al bajar, los del «Polichinela»...

Señores, ¿no merece la pena de variar en algo esta ordinaria y teatral costumbre?...

Fernando Porset.

DON CLEOFÁS, HIGIENISTA

Este Don Cleofás, que hace su trascendental aparición en la literatura, no es aquel privilegiado Don Cleofás que descubrió la vida íntima cortesana bajo los tejados de la Corte, gracias al arte diabólico del travieso *Diablo Cojuelo*. Nuestro Don Cleofás es solamente un modesto empleado de la Administración, poseedor de un saneado sueldo de ocho mil reales y de una señora, prolífica y fecunda como una coneja, que le ha hecho padre de cuatro querubines capaces de comerse por los pies á Dios, Nuestro Señor.

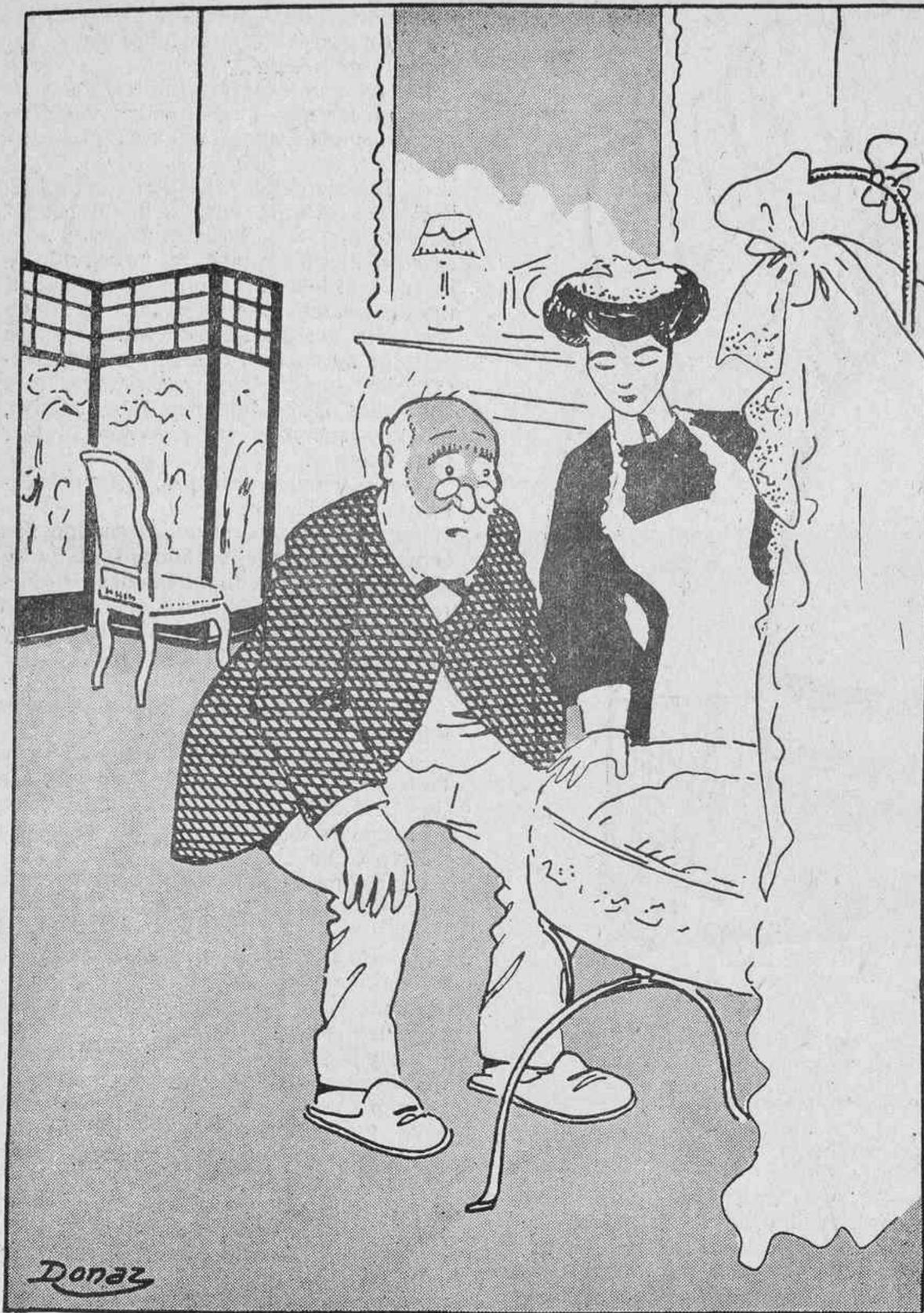
Pero Don Cleofás es ante todo un admirable, un recalcitrante higienista. Su obsesión higiénica llena todos los momentos de su vida. Apenas se levanta, al rayar el día, zambúllese en un hondo barreño de agua refrigerante y luego, en camiseta y babuchas, con los codos pegados á los vacíos y adoptando un airoso paso gimnástico, comienza á trotar brabamente en torno de los corredores de la casa, causando la natural alarma entre las vecinas, que creen temerosas que Don Cleofás ha sido súbitamente acometido de un violento ataque de enagenación mental. En la oficina, preconizando la salubridad de los aires puros, abre de par en par los balcones, aún en los más crudos meses del invierno, haciendo víctimas del constipado á sus queridos compañeros de expediente y balduque y consiguiendo que aquello, en vez de un negociado, sea una estancia donde se celebra el más armonioso y estruendoso concierto de trompa.

Si el altruismo de Don Cleofás le hace aconsejar y amonestar continuamente á sus amigos y conocidos, en el invierno lleva á sus niños con las pantorrillas al aire á trueque de que parezcan embutidos. Pero cuando su higienismo se exalta intensamente es á la llegada del estío. Entonces, las desdichadas criaturas son unas verdaderas víctimas de la higiene paternal.

Días pasados, aprovechando la fes-

EFFECTOS DE UN ESTORNUDO





—¡Qué mono! ¿Y se parece á mi...?

—Ya lo creo, señor; es su misma cara, y hasta tiene su calvita y todo.

tividad dominical, abandonó Don Cleofás el lecho antes de salir el sol y despertando á sus pequeñuelos, exclamó:

—Vaya, nenes. Vamos á dar un paseíto higiénico, un paseo de todo el día. Comeremos en el campo y os explicaré unas leccioncitas de botánica.

Los pequeños temblaron; sabían lo que les esperaba. En efecto, Don Cleofás vistió á sus hijos sin preocuparse de los musicales gruñidos de su esposa, y se lanzó seguido de su prole, hacia los verdes y asoleados campos. Por ellos caminaron una hora, dos, tres, los pequeñuelos con la lengua fuera y Don Cleofás respirando anhelante como una locomotora.

—Animo, hijos míos—gritaba entre

dos resoplidos—. Es menester sudar; el sudor abre los poros de la piel y por ellos salen los malos humores.

—Papá, tenemos sed—imploraban los pequeños—. Vamos á beber agua de ese arroyo.

—¡Agua, estando sofocados! Vade retro! El agua es un líquido nocivo en estas circunstancias.

Cuando llegó la hora de comer, los muchachos, que ya de por sí disponían de un apetito capaz de acometer á un carnero, propusieron á su progenitor que yantasen.

—Bien, hijos míos, es muy justo, pero seleccionemos los alimentos. Es menester que sean sanos y digeribles.

—Lo mejor es una buena ensalada

de escabeche—dijo el mayor, que sabía que no era posible extralimitarse.

—¿Escabeche has dicho?—tronó apocalíptico Don Cleofás—. ¡Desdichado! Tu inexperiencia te mataría si no fuera por mí.

—Pues chuletas—agregó medrosamente el pequeñín.

—¡Ah, hijo! No podemos asegurar aquí en extramuros, que la carne no proceda de una res enferma, sin el previo reconocimiento facultativo. Mejor sería dejarlo para cuando lleguemos á casa, donde vuestra buena mamá nos tendrá prepaada una apetitosa cena casera condimentada sin especias asesinas.

En definitiva, entre el sol, el hambre y la sed, el cansancio de aquella excursión tan agradable, y las lecciones de botánica, cuando los niños llegaron á la casa tuvieron que ser zambullidos á puñados en el lecho del dolor. Pero Dios fué justo proporcionando á Don Cleofás, admirable higienista, una insolación que le hacía sufrir como si su cabeza fuera una caldera del asfalto.

Pero ni aun por esas cesó Don Cleofás en su obstinación de higienizar la vida de sus vástagos, hasta el punto de que, cuando su atribulada señora se disponía á propinar á los niños alguna de las pócimas recetadas por el médico, se erguía en la cama y dejando de quejarse, exclamaba:

—Por Dios, Basilisa. Si has de darles las medicinas, antes, ¡las filtras!

Antonio Roldán.

CHIRIGOTAS TAURINAS

Al valiente «Gitanillo», que se casó no hace un mes, y que tiene por *costilla* á una hija de Lucifer, le dijeron:—¿Por qué ahora tiembas tanto ante un burel? —Porque cuando er toro muge m'acuerdo de mi *mujé*.

Asegura Telesforo, que es tan glotón «Patatero», que sólo se hizo torero para *atracarse de toro*.

Valentín Mouro.





—Ande usted, ama. Es un capricho. Los viejos somos como los niños.
—¿Sí...? Pues los niños que no sean de pecho pagan billete.

Retrospectiva

Era un domingo; cruzábase sus coches en la Castellana; ordenó pusieran el *laudau* al nivel del de aquella dama anciana, aunque todavía hermosa, de la camelia roja.

Colocados uno al lado del otro, miráronse mutuamente. La ingénua quedó sorprendida; vaciló por un momento y luego clamó radiante de júbilo: ¿eres tú, Alberto?

El mismo; ¿estoy desconocido, verdad? —El tiempo, hija; ya te contaré; mira, esta noche te espero allí... en el sitio de otras veces; renovaremos recuerdos pretéritos y brindaremos una vez más por aquello que entonces fué amor; más que amor, ilusión, y hoy es tan sólo un vago recuerdo de una dicha pasada.

Accedió y le tendió su enguantada mano; él la estrechó efusivamente entre las suyas, diciéndola: Hasta luego, Laura.

Es un reservado en Fornos. Los dos han acudido puntuales.

Apoyada en su brazo, sentáronse en el diván.

Entró el camarero y la dijo que pidiera á su gusto, como en aquellos tiempos.

Quedáronse nuevamente solos; á él se le vió admirar con signos de evidente satisfacción la roja camelia que la muy amada ostentara en su pecho.

—¿Todavía conservas tu afición á las camelias?— dijo.

—Sí; es lo único que tengo de aquel entonces, y sigo con ellas porque me recuerdan mis glorias de antaño; las quiero porque ellas me dieron á probar lo único delicioso que he disfrutado en mi vida porque me recuerdan á mi Alberto, al que hoy encuentro distinto, pero con un alma tan grande como siempre; las conservo y la conservaré mientras viva como un símbolo augusto de mis dichas pasadas.

El camarero trajo el servicio y cerró tras sí.

Transcurrieron dichas las horas y entremezcláronse las frecuentes libaciones con los dulces recuerdos.

Alberto destapó el champagne. El espumoso líquido saltó en borbotones. Lo escanció en dos copas de purísimo cristal, y el dorado néctar emergió más potente á través del cristal que le encerraba.

Alzaron ambos las copas y brindaron por su felicidad antigua, por la que no existía, y por la que tal vez pudiera sobrevenir, atraída por las eternas esperanzas del que sueña en un ambiente perfumado por la fragancia de las rosas de otoño, por el encanto de ensueños no realizados aún, pero vislumbrados á través de risueñas esperanzas.

El bebió rápido, como queriendo ahogar pensamientos que le atormentaban.

Ella apuró la copa de un solo sorbo, de-

ramando algunas gotas sobre el transparente tul que cubría las redondeces, todavía turgentes de su pecho.

Los recuerdos de otras entrevistas acudían presurosos á sus labios, sucediéndose los unos á los otros en infinita confusión.

—¿Te acuerdas de la última?— decía balbuciente.—Aun se conserva la señal aquella que hicieras. Todo es á igual; sólo nosotros hemos cambiado, envejecido, y lo que ayer fueron ilusiones que excitaban nuestros deseos, hoy sólo es el cariño de dos hermanos que se encuentran después de larga ausencia. Pero... no te entristezcas, ¿por qué? ¿Acaso no estamos más tranquilos hoy? Olvidemos aquellos días, que hay recuerdos que conviene olvidar para siempre.

Ambas llenaron sus copas, y simultáneamente las vaciaron.

—Continúa. ¿Te acuerdas cuando nos separamos por aquella nimiedad? Tú, furioso, saliste primero; ni me saludaste siquiera; en cuanto á mí, llorosa, con el rostro velado por las lágrimas, salí á la calle, y al primer coche que ví le hice conducirme á casa.

—¡Han pasado tantas cosas desde ayer á hoy!

—Yo quise olvidarme de tí; rompí con todo lo que sirviera para recordante; me fui al extranjero, tuve suerte, y al cabo de veinte años de estar lejos de mi patria vuelvo á ella, más viejo, sí, pero en cambio más tranquilo y con el corazón lleno de esperanzas. ¿Y tú, que hicistes, dí? Pero lloras, ¿qué es eso? Toma otra copa; el vino mitiga las penas; ya ves, yo hago lo mismo, no había vuelto á probarlo. no obstante hoy es un día de fiesta; quiero por un momento, hacerme la ilusión de que soy la de otros tiempos, y luego cuando hayamos salido de aquí, todo se habrá terminado. Otra vez volveré á mi vida sola, monótona, siquieres, pero llena de ensueños deliciosos y dedicada á mis libros; me divierten tanto... ¡si supieras?

El no la contestaba; bebía, tal vez sin darse cuenta, como un autómatá entregado por completo á sus pensamientos, pues su mirada inquieta oscilaba de un lado para otro sin detenerse fijamente en nada.

—¿Qué piensas, dí? No me contestas. Toma, bebe otra vez, yo te acompañaré; estoy mareada, pero no importa; hoy quiero olvidarlo todo... ¿sabes? Y con risa de histérica soltó una carcajada.

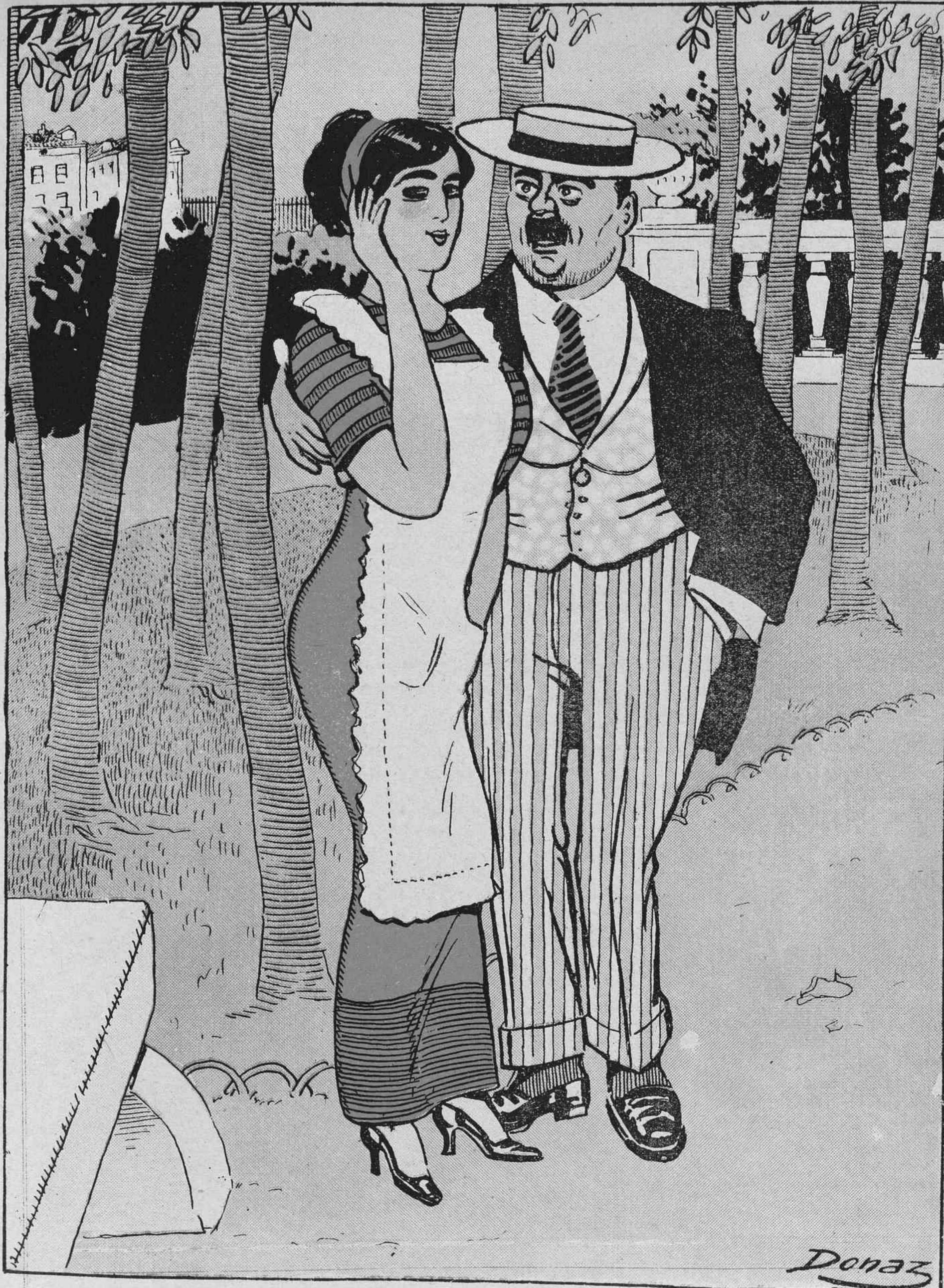
El la imitó, dejándose acaso conducir por las circunstancias, sin darse cuenta y nervioso, inquieto por el vino que empezaba á producirle efecto, dejó caer la copa, que se hizo trizas en el suelo.

Ven acercate: quiero abrazarte; sellemos con un beso nuestro encuentro, y que sea como el lazo que perpetúe nuestra amistad.

El abanzó, tambaleándose ébrio; sentóse á su lado, y su cabeza de rizados cabellos, blancos también como los de ella, cayó pesadamente hacia atrás.

Laura le llamó repetidas veces y excitada por su insensibilidad, sentóse sobre sus rodillas y no pudiendo contenerse se abrazó á su cuello. unida su boca con la de él en enamorado beso.

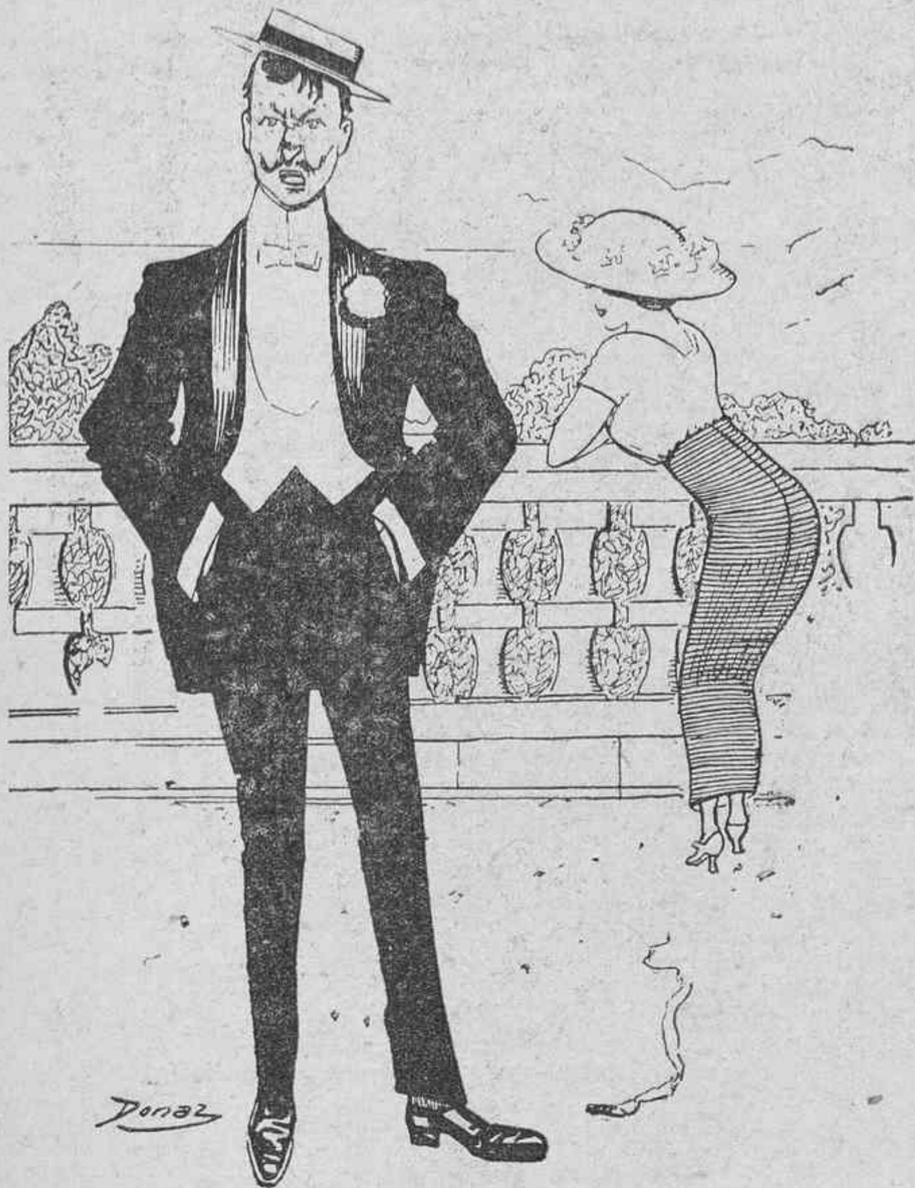
Luis Barberán



—¡Ay, tengo miedo! ¿No ha oído usted ese silbido?...

—Tranquilízate, tonta. Es la señal que tienen mi mujer y su primo.

Veraneo equivocado.



Me he lucido... He venido á bañarme y me han dejado completamente en seco...

MADRILEÑAS

Noche de verbena.

Entre el humo que ennegrece las tiznadas churrerías que parecen,—por lo extrañas, bullangueras y sombrías—apósito de rufianes y lugar de truhanerías, entre frescas risotadas y entre un ronco vocear, á la luz de los candiles humeantes, pintorescos, se recortan bajo el toldo los perfiles canallescos y entre risas son ahogados los decires picarescos y entre aplausos delirantes un frenético cantar...

Más allá, los organillos reidores, bulliciosos, dan al viento los revuelos de sus ritmos lujuriosos, de sus aires populares apausados, cadenciosos, y á sus sones baila erótica la apiñada multitud... Los bermejos labios húmedos de las hembras en suspiros contenidos se entreabren, y danzando en leves giros las parejas van buscando los recónditos retiros donde á veces suena un beso y una frase de inquietud...

Es el típico festejo de una clásica verbena, es la noche perfumada con efluvios de azucena, de jazmines, de romero y de humilde hierba-buena;

es la noche de las coplas, es la noche del reir, noche amable en la que todo tiene gracia y hermosura, es la noche en que la brisa más armónica murmura, es la noche febril en que triunfa la locura, y en que á todos sensaciona la alegría del vivir...

Bajo espléndidos mantones de Manila, deslumbrantes, pasa un río de mujeres sugestivas, cimbreantes, los sedosos largos flecos se columpian ondulantes en las mórbidas caderas con un rítmico ondear, y en los rizos de las negras cabelleras van prendidas entre frescas flores blancas, otras flores encendidas... y viendo á las miradas y á las frases atrevidas pasan todas Y sonríen atrayentes al pasar...

Un estrépito de *juerga*, de *manuelas* enfiladas, por huesudos caballejos trotoncillos arrastrados, se entremezcla á los cantares, á las claras carcajadas, á las notas del *manubrio* y á los gritos del pregón...

Y la luna, en tanto, inmóvil, grande, pálida, serena, desde un cielo sin celajes, presidiendo está la escena que un febril, cálido anhelo pone en nuestro corazón...

Es la noche de aventuras, de colores, de sonrisas, es la noche en que nos besan más eróticas las brisas, es la noche que en su trono de canciones y de risas la locura, esa diosa bién amada del reir, con sus alas frescas calma el dolor de nuestras frentes, y nos borra los recuerdos angustiosos y dolientes, y nos pone fuerte el ánimo y los labios sonrientes, y en el alma la alegría desbordante del vivir...

Alberto Valero Mart n.

Reflexiones de un aviador.



—¡Cuán triste es la caída... de la tarde!

INFORMACIÓN TEATRAL



—Te digo que es fácil que aunque Lleó figure como empresario de Eslava la próxima temporada, otro «Lleó» sea el verdadero amo del cotarro...

—¿En qué te fundas?

—En hechos recientes que garantizan mis sospechas. Hará cosa de veinte días, día más, día menos, que la compañía toda, estaba citada en el teatro á una hora determinada. De pronto aparece en «escena» un señor con cara de pascua... Tira de cartera, y ¡vaya un saneado montoncito de billetes de banco que exhibió el tal sujeto!... Llaneza no pudo disimular su contento, y empleando su apellido en tan deliciosa ocasión, se frotaba las manos de gusto y le dijo al apuntador en voz baja: —¡De hoy no pasa!... ¡Vamos á cobrar!... Y en efecto, á los pocos instantes, cómicos y danzantes, tramoyistas, electricistas, etc., recibían el haber correspondiente de varias semanas de atraso. ¿Qué significa todo esto? Que detrás de la cortina de la antigua empresa de Eslava, hay alguna persona dispuesta á entrar de lleno en el negocio, del coliseo del Pasadizo de San Ginés...

—¿No puede ser muy bien un socio que Lleó se haya buscado?

—En ese caso, ¡valiente socio!... no lo creo, ni me atrevo á suponer que el maestro valenciano entre á formar sociedad con nadie...

—Lo que sea, sonará, ¿no te parece?...

—Indudablemente...

—Y qué, no sales á veranear?

—¿A veranear? ¿Dónde se está mejor que en Madrid?

—En Pozuelo, donde un servidorito se pasa los días y las noches.

—A la orilla del mar?...

—Sí, del mar de confusiones en que me ponen unas cuantas jóvenes amigas de la colonia, que ya, ya...

—¿De la colonia? ¡Qué perfumados estáis!...

—No hagas chistes malos... De la colonia veraniega, que con gran acierto pasa algunos ratos discutiendo cosas de teatros, de la temporada fenecida, de autores y de artistas.

—Hombre, no dejarán de ser interesantes esas conversaciones.

—Encantadoras. La mayoría de mis amigos convienen en que Emilio Carreras ha fracasado en el Gran Teatro,

notándosele falta de facultades, y agotamiento de recursos escénicos.

—Esa genticita con quien te reunes, es de cuidado...

—Adorables muchachas que suspiran amor por los cuatro costados, y simpáticos jovencuelos aficionados al arte de Talía, tanto ó más como al arte de no pagar al casero... Por unanimidad de pareceres se consideró «*Malvaloca*» la comedia más bonita que se estrenó en la Princesa.

—Bien considerada.

—Y no faltó tampoco quien votara en pró de «*Las mujeres de Don Juan*» y «*La Generala*».

—Acertados votos.

—Hubo quien puso ciertos reparos á la labor de la famosa canzonetista «da Goya».

—Ya sabes que á mí tampoco me acabó de llenar por completo su «bombeada» labor.

—Se trata de una señorita, y por galantería...

—¡Ah! Bueno, pues por galantería, no tengo inconveniente en bombearla... otorgarla una ovación estruendosa, y hasta la oreja de un toro que mate *Bombita* como mandan los cánones...

—¡No eres tu nadie!... También en nuestra agradable reunión «colonial» reprochamos á Moncayo y á Manzano, por haberse ido de Apolo de la manera que se fueron; casi á la francesa, poniendo en un gran aprieto á la empresa, sin guardarles las consideraciones á que eran acreedores, toda vez que, en ese teatro, sobre todo Manzano, se ha hecho un actor popular, á quien el público, con sus demostraciones de agrado, le ha ayudado á subir, sin que tuviera que intervenir el personaje de «*Bohemios*»...

—Sigo estando conforme con la manera de pensar de tus amigos. Nada, chico, el día menos pensado me planto en Pozuelo á echar mi cuarto á espaldas con vosotros, ya que parece ser, que son de mi misma cuerda.

—A quien tampoco se le han regateado alabanzas ha sido al notable actor Simó-Raso, por su brillante campaña en «*Cervantes*».

—Eso es de justicia.

—Y con respecto á Loreto y Chicote, ni que decir tiene las demostraciones de cariño y admiración de que han sido objeto entre todos nosotros.

—Lo contrario, hubiera sido negar que Barroso está delgado, ó que *Don Modesto* no sabe escribir de toros, ó que *Don Pío* no es entusiasta de los Gallos...

—¿De los gallos? Con arroz yo soy más entusiasta que él mil veces, ¿cuanto te apuestas?...

—¡Ooooh!...

—¿Habéis hablado algo del «Español»?

—Bastante; y ¡no han sido pocas las censuras que cayeron sobre el ex-director artístico!

—Como que no es lo mismo criticar una obra, que ponerla en escena. Los toros, hay que desengañarse, se ven muy bien desde la barrera...

—Yo también los veo bien desde la andanada primera...

—Será con unos prismáticos...

—¡Desde luego!

—A «*Puebla de las mujeres*», «*Flor de los pazos*» y al «*Sexo débil*», los tres éxitos de Lara, los pusimos por las nubes...

—¡Ya es altura, ya!... Conformes en que esas tres obras fueron en verdad bien acogidas por el público...

—Son tres preciosidades.

—Por los siglos de los siglos.

—A la «gente» de la Comedia, en cambio, como á los de «*Martín*» y el «*Coliseo Imperial*», la tratamos con frialdad; ¡pchs!... A la de «*Novedades*» hubo quien la defendió con calor...

—Así, á toda clase de temperaturas...

—Tomamos el pelo á los del Circo...

—Allá vosotros...

—Y fuimos benévolos con los otros que nos han presentado en Eslava.

—Verdaderamente, á excepción de las «*Princesitas del dollar*», lo demás, cero al cociente...

—Bueno, qué: ¿te esperamos en Pozuelo?

—Esperarme.

—Te invito pasado mañana á comer conmigo.

—¡Ya que te empeñas!... Acepto...

—Pues, «lo dicho, comendador» á tu mesa me tendrás, Comerás de lo mejor.

—Y sino, no vuelvo más.

—Tu volverás, si señor...

Colirón.

Talleres de Imprenta y Fotografado ARTE,
Ferraz, 21.—MADRID.



VERDOL

DENTIFRICO VERDE OXIGENADO • ELIXIR, POLVOS Y PASTA

- ¿Por qué es el VERDOL el dentífrico moderno?
- Porque es antiséptico y destruye todos los gérmenes infecciosos de la boca....
- Porque tonifica las encías y facilita la salivación.
- Porque blanquea los dientes dándoles un esmalte incomparable.
- Porque es realmente agradable al paladar y perfuma la boca.

LOS MEDICOS LO RECETAN Y LOS DENTISTAS LO RECOMIENDAN

PRECIOS: Frasco pequeño, 2 pesetas; mediano, 3,50; grande, 6,50; de medio litro, 13,50; de un litro, 26,50.

Pasta en caja, 2 pesetas; ídem en tubo, 1,75. Caja de polvos, 1,75.

De venta: Madrid principales perfumerías y farmacias.



GIROD
Carrera de S. Gerónimo 43
MADRID
MOBILIARIO
PARA
ESCUELAS

BALNEARIOS Termas Matheu y San Fermín ALHAMA DE ARAGON

Su nuevo propietario, RAMON PALLARES Y PRATS, pone en conocimiento de los señores doctores y del público en general que los ha reformado con el confort que exigen las necesidades modernas. La bondad, riqueza y abundancia incomparable de sus aguas, su famosa CASCADA, su gran LAGO, su deliciosa temperatura y hermosos jardines, constituyen una estancia ideal. Muy indicados para el tratamiento del reumatismo en todas sus formas, y particularmente en el articular subagudo nervioso muscular, artritis y predisposiciones catarrales, neurastenia y traumatismos. A cuatro horas y media de Madrid en los trenes rápidos. Para detalles, en su domicilio, BOLSA, 2 (antiguo edificio de la Bolsa), MADRID, ó en ALHAMA DE ARAGON, dirigiéndose a la Administración TERMAS MATHEU.

En lugar del café, te ó chocolate, tomad todas las mañanas una taza del delicioso

PHOSPHO-CACAO

El más exquisito de los desayunos.
El más potente de los reconstituyentes.
Aconsejado por todos los médicos a los convalecientes, a los anémicos, a los agotados, a los ancianos y a los que sufren del estómago ó del intestino.
El Phospho-Cacao constituye la alimentación más económica.
Su preparación es instantánea.
Envío gratuito de una caja para ensayo.
Escribid al depósito: FORTUNY HERMANOS, Hospital, 32. BARCELONA.
En venta: Farmacias y buenas droguerías.

BALNEARIO DE LA ALAMEDA

GUADARRAMA

TEMPORADA OFICIAL, 1.º DE JULIO A 30 DE SEPTIEMBRE

Las que más curaciones hacen de las enfermedades de las vías urinarias, cólicos nefríticos y biliares, reuma gotoso, dispepsia, malas digestiones y enfermedades del artritis.

GRANDES REBAJAS

Servicio de comedor: desayuno, almuerzo y comida, pesetas 5,50 y 8.

Hospedaje: habitaciones espaciosas y ventiladas, desde 1,50 a 3 pesetas.

AUTOMOVIL desde la estación de Villalba al balneario y viceversa; trenes, 7 y 8,35 de la mañana, y 6 de la tarde. Para más detalles, Carmen, 26, teléfono 2.084, y Administrador en Guadarrama.

MUEBLES LEGITIMOS DE VIENA MARCA THONET

Comedores, Alcobas, Despachos, Gabinetes y toda clase de tapicería. Muebles americanos para oficinas. Precios sin competencia.

THONET HERMANOS, MADRID

Proveedores de la Real Casa
10--Plaza del Angel--10

Exportación a provincias. Teléfono 2.901.

VENDER MUCHO

y ganar poco es el lema del nuevo dueño de la Sastrea francesa. Fijarse bien: Conde Romanones, 13, ent.º Traje rica lana, de 50 pesetas..... en 25 pias. " dril lavable, de 30 pesetas..... en 15 " Pantalones dril y lana, desde..... 6 " A todo cliente se le regala un corte de chaleco fantasía cuando sus encargos ascienden a 50 pesetas

MARCIANO

Artículos de fotografía, óptica y cinematógrafo. LA CASA QUE MAS BARATO VENDE MONTERA, 41.—MADRID Trabajos de laboratorio para aficionados. Precios económicos.

HOMBRES

aquejados por enfermedades y debilidad nerviosa deben leer sin falta el libro premiado del Doctor médico Rumler, tratando de la "Debilidad nerviosa de los hombres", según los puntos de vista más modernos, con numerosos grabados y constando de 320 páginas. Es un consejero verdaderamente práctico y útil y el mejor guía para llegar a la curación de la extenuación cerebro-espinal, de los desórdenes nerviosos de los órganos de la generación, de las consecuencias de pasiones perjudiciales para los nervios y en todos los casos de enfermedades secretas. El libro se remite franco por la casa editorial, Dr. Rumler, Ginebra, 691 (Suiza), a quien envíe pesetas 2 en sellos. Escriba usted hoy mismo en español a dicho señor.

BAUME BENGUÉ

Curación Radical de

GOTA
REUMATISMOS
NEURALGIAS

Dr. BENGUE, 47, rue Blanche, París y farmacias.



PAPELETAS DEL MONTE

Alhajas, oro, plata, platino, perlas y esmeraldas, compro al los precios. Antigua Casa de Orgaz. Ciudad Rodrigo. 13.